

Al fin de cuentas, Longfellow tuvo una gran aceptación entre los intelectuales hispanoamericanos que entendían el potencial de la poesía para la formación de identidades nacionales que fueran más allá de las definidas por el Estado. Esto es, un medio accesible que reconociera los sentimientos y aspiraciones humanas, y que al mismo tiempo inspirara virtudes republicanas en la ciudadanía. Ya terminada la lucha contra España, y en momentos en que las naciones hispanoamericanas podían prestar mayor atención al desarrollo de mitos nacionales unificadores, Longfellow fue el primer poeta estadounidense en mostrar como hacerlo, fusionando tradiciones antiguas, técnicas poéticas modernas, contenido social, e interés público. Longfellow no llegó quizás a sospecharlo, pero se había transformado, aún en vida, en el bardo del emergente sentido de identidad nacional en Hispanoamérica.

IVÁN JAKSIC
Centro de Estudios
para América Latina,
Stanford University,
Santiago, Chile

1. Para una biografía y bibliografía de Rafael Pombo, véase Héctor H. Orjuela, *Biografía y bibliografía de Rafael Pombo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1965.
2. En su diario del 13 de febrero de 1856, Pombo menciona la adquisición de un libro de Longfellow, pero sin dar el título. Véase Germán Romero (comp.), *Rafael Pombo en Nueva York*, Bogotá, Editorial Kelly, 1983, pág. 130.



3. Rafael Pombo a HWL, Nueva York, 1.º de enero de 1868, LP-HL [bMS Am 1340.2 (4456)]. La traducción de Pombo, *El salmo de la vida* (de Longfellow), se encuentra junto a la carta. Antonio Flo-

res también registró la influencia de la traducción que Longfellow hizo de Manrique en su *Letras españolas*, págs. 30-31.

4. HWL a Rafael Pombo, Cambridge, 30 de marzo de 1871, *Letters*, v, 415-416.
5. Rafael Pombo a HWL, Nueva York, 27 de enero de 1872, LP-HL (4456). El poema *Cadena* está incluido en Antonio Gómez Restrepo (comp.), *Poesías de Rafael Pombo*, 2 tomos, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917, t. I, págs. 278-280. Gwen Kirkpatrick ha enfatizado este punto de Pombo, afirmando que la poesía hispanoamericana del siglo XIX "estaba vinculada a la práctica social de una manera inconcebible para los lectores contemporáneos". También muestra la influencia de Longfellow sobre varios poetas hispanoamericanos en su "Poetic Exchange and Epic Landscapes", en Mario J. Valdés y Djelal Kadir (comps.), *Literary Cultures of Latin America*, 3 tomos, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2004, t. III, págs. 173-187.
6. HWL a Rafael Pombo, Cambridge, 6 y 14 de febrero de 1872, *Letters*, v, 504 y 507-508.
7. HWL a Rafael Pombo, Cambridge, 14 de febrero de 1872, *Letters*, v, 508. Esta es la segunda carta escrita por Longfellow a Pombo ese día. El poema *Fonda libre* está en Pombo, *Poesías*, t. I, págs. 283-286.
8. HWL a Rafael Pombo, Cambridge, 27 de noviembre de 1880, *Letters*, vi, 655. Estos poemas están incluidos en *Poesías*, t. I, págs. 287-292 y t. II, págs. 100-103, respectivamente.
9. Rafael Pombo a HWL, Bogotá, 18 de octubre de 1880, LP-HL (4456).
10. Estas traducciones se incluyen en Antonio Gómez Restrepo (comp.), *Traducciones poéticas de Rafael Pombo*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.
11. *Ibíd.*, pág. 48.
12. Samuel Bond a Rafael Pombo, Bogotá, 6 de octubre de 1880, LP-HL, bMS Am 1340.3 (22).
13. Rafael Pombo a HWL, Bogotá, 18 de junio de 1880, LP-HL (4456).
14. *Traducciones poéticas de Longfellow* (1893). El vicepresidente de Colombia, Miguel Antonio Caro, le pidió a Torres Mariño que preparara esta compilación con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, "como muestra de fraternidad y homenaje afectuoso hacia el pueblo de los Estados Unidos". El libro se publicó en Nueva York, pero reflejaba la obra y la inspiración de los hispanoamericanos. Además de los colombianos Bond, Caro, José Joaquín Casas, Diego Fallón, Ruperto S. Gómez, Venancio G. Manrique, Manuel y Rafael Pombo, Alejandro Posada y Torres Mariño, otros his-

panoamericanos incluían a Enrique J. Varona, Francisco Javier Amy, Luis López Méndez, Pedro Santacilia, José Agustín Quintero, Antonio Sellén, Rafael Merchán y Olegario Andrade.

15. John E. Englekirk, "Notes on Longfellow in Spanish America", *Hispania*, vol. 25, núm. 3, octubre 1942, págs. 295-308. Una discusión más reciente es la de Kirsten Silva Gruesz, "El Gran Poeta Longfellow and a Psalm of Exile", *American Literary History*, vol. 10, núm. 3, 1998, págs. 395-427.
16. La traducción de Mitre, *El salmo de la vida* (de Longfellow) apareció en *El Correo del Domingo*, Periódico Literario Ilustrado, Buenos Aires, núm. 7, 14 de febrero de 1864.



17. El significado completo se encuentra en la estrofa previa, "Old legends of the monkish page, / Traditions of the saint and sage, / Tales that have the rime of age, / and chronicles of eld".
18. Rafael Pombo a HWL, Bogotá, 8 de julio de 1880, LP-HL (4456).

Consideraciones sobre el oficio del escritor

Puedo declarar, después de haber escrito las historias que he escrito, que he aprendido las siguientes once cosas sobre el oficio del escritor:

1. Que mi profesor de literatura del colegio, el poeta Ángel Marcel, tenía toda la razón cuando me dijo que me había dejado meter en un oficio que tarde o temprano terminaría en cierto tipo de destierro, cuando me dijo que la actitud adecuada para ejercerlo era "un permanente estado de alerta" y que el trabajo diario se parecía muchísimo más al del artesano que al del filósofo. La verdad es, aquí en-

tre nos, que sigo escribiendo como si tuviera que entregarle resultados a ese profesor. Y que él está pendiente de que se los entregue.

2. Que la vergonzosa verdad es que no escribo porque tenga, porque necesite, porque quiera decir algo, sino porque a) ya no tengo edad ni estatura para dedicarme a ningún deporte, b) se me ocurren unas ideas que no me dejan descansar hasta que no las termino, y c) me mantiene a salvo de mí mismo, me vuelve paciente con mis debilidades, este extrañísimo ejercicio de encadenar palabras de tal manera que se conviertan en frases que suenen familiares aunque nadie las haya dicho antes.

3. Que el contenido de un libro es, siempre, un engaño, una carnada. La gente lo persigue, si todo sale bien, desde la primera página hasta la última. Pero, si vamos a ser sinceros, si se trata de confesar una experiencia, la verdad es que es la forma la que protagoniza una obra literaria.

4. Que quien escribe hoy, en una era en la que el arte no parece ser el principal método de conocimiento, está en el centro de una curiosa cultura que podemos llamar la cultura de la destrucción. Quien escribe, mejor dicho, tiene que contar con que los lectores pueden ser brutales, devastadores, con sus textos. Debe tener claro que todos, escritores, editores, lectores, hemos sido educados para despreciar lo que hacen los demás. Que educarse es, en verdad, llenarse de prejuicios. Y que por eso, en la era de los *blogs*, en esta estupenda era del "hágalo usted mismo", corremos el riesgo de olvidar que los libros son como son, no como queríamos que fueran.

5. Que hay un punto en que ni las desaprobaciones ni los elogios le sirven a uno para nada. Quien escribe no puede perder el tiempo en lo que piensan los demás. La terquedad resulta fundamental en este caso.

6. Que es todo un reto leer a los escritores exitosos dándoles el beneficio de la duda. Reírse de Dan Brown, Paulo Coelho y Richard Bach, reírse, mejor dicho, de todos los libros que sí se venden, le sube a uno puntos en las fiestas de la gente que ve

desde lo alto. Habría que hacer el esfuerzo, sin embargo, de leerlos. O, si se tienen muchísimas lecturas pendientes, si no se alcanza ya a leer *¿Quién se ha llevado mi queso?*, habría que reconocer, al menos, que es por algo más noble que el truco, por algo más interesante que la tontería general, que tanta gente los lee.

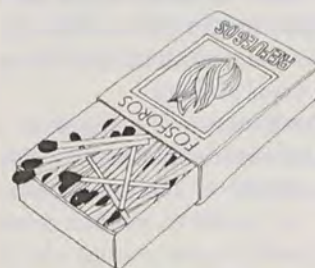
7. Que no se debe releer lo que se está escribiendo porque se corre el riesgo de descubrir que no es tan bueno como uno querría. Que siempre que he logrado terminar un libro lo he terminado con la única esperanza de que sea divertido, y con la sensación, tipo superación personal, de que llegar hasta el punto final ha sido mucho más que suficiente.

8. Que hay gente en este mundo, todavía, que cree que quien escribe un libro es una persona con ciertas conexiones. Un par de personas amables me han pedido puestos este año para un par de sobrinas. Y yo les he dicho que voy a pensar a ver qué se me ocurre en vez de tener el valor de decirles que lo único que podría hacer es ubicarlas en alguna novela.

9. Que, así se hayan escrito dos, tres, cuatro libros, nada se tiene ganado cuando se empieza la escritura de uno nuevo. Nada de nada. Tengo la sospecha de que jamás nos sirve la experiencia de los otros. Y que, como somos una persona diferente cada vez que emprendemos otro relato, comenzamos de ceros siempre que comenzamos a narrar. Puede decirse, para no ser pesimistas, que uno puede volverse un mejor corrector con el paso de los textos. Y no es poca cosa: la corrección es la esencia del ejercicio literario como el montaje es la esencia del ejercicio cinematográfico.

10. Que una de las cosas más difíciles del mundo es promocionar un libro. Sí, resulta verdaderamente incómodo responder preguntas tan desconcertantes como "cuéntenos quién es usted", "de qué se trata su obra" o "por qué debemos leer su novela", pero lo más complicado de todo, para mí, son las famosísimas firmas de libros. Los clientes de Carrefour, que lo ven a uno sentado ahí, al lado de los carritos, con unos libros puestos sobre una mesa, tarde o temprano se

atreven a preguntar "señor: dónde está la salsa de tomate" o "señor: qué es lo que usted está vendiendo". Y los transeúntes de la Feria del Libro, que lo ven a uno solo, sin amigos, detrás de una mesa ubicada en una esquina por la que pasa todo el mundo, tienden a preguntar respetuosamente en dónde está la rotonda de comidas, qué se siente haber escrito *Satanás* o a cuánto está *Pasión india*. Lo mejor en esos casos es tener toda esa información a la mano. *Pasión india* cuesta 36 mil 900 pesos.



Y finalmente, para dejar hablar a los demás, que quien puede dedicarse a ser escritor, con tantas cosas reales que toca hacer en la vida, con tantas cuentas que nos toca pagar, no tiene absolutamente nada de qué quejarse. ¿De qué puede quejarse? ¿De que, como yo, ha desarrollado un extrañísimo odio por el punto y coma? ¿De que, como yo, no sabe muy bien qué va a almorzar ahora que se acerca la una de la tarde? ¿De que, como yo, está empeñado en escribir un libro que no tenga ningún paréntesis? No, no hay nada de qué quejarse. Ya querrían los demás tener esos problemas.

RICARDO SILVA ROMERO

De la B L A A

Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología

La Fundación fue creada en 1976, como un programa especial dentro de los planes de fomento cultural